

goce no me parecía que mi cuerpo fuera intrínsecamente diferente al de los hombres.

Todas las imágenes de mi estancia en Burdeos —la habitación de la Rue Pasteur, con el incesante ruido de los coches, la cama estrecha, la terraza de Montaigne, el cine en el que vimos una película de romanos, *El rapto de las sabinas*— tuvieron, a partir de entonces, un solo significado: me encontraba allí y no sabía que me había quedado embarazada.

La enfermera del Crous* me puso una inyección por la tarde sin hacer un solo comentario, y otra a la mañana siguiente. Era el fin de semana del 11 de noviembre. Volví a casa de mis padres. En un determinado momento tuve una breve y escasa pérdida de sangre rosácea. Dejé las bragas y el pantalón de tela manchados encima del montón de ropa sucia, bien a la vista. (Agenda: «He manchado un poco. Lo suficiente para engañar a mi

* Organismo regional, en Francia, de ayuda para los estudiantes universitarios. (*N. de las T.*)

madre».) De regreso a Ruan llamé por teléfono al doctor N., que me confirmó que estaba encinta y me anunció que me enviaría el certificado de embarazo. Lo recibí al día siguiente. Parto de: «la señorita Annie Duchesne». Previsto para el: «8 de julio de 1964». Me vino la imagen del verano, del sol. Rompí el certificado.

Escribí a P. para decirle que estaba embarazada y que no quería tener el niño. Nos habíamos separado sin saber si continuaríamos o no nuestra relación, y la idea de que la noticia fuera a turbar su despreocupación me complacía mucho, aunque no me hacía ninguna ilusión por el profundo alivio que le produciría mi decisión de abortar.

Una semana después, Kennedy moría asesinado en Dallas. Pero ese tipo de cosas ya no podía interesarme.

Una especie de aura rodea los meses siguientes. Me veo a mí misma caminando sin parar por las calles. Cada vez que pienso en ese periodo de mi vida, me vienen a la cabeza expresiones literarias como «la travesía de las apariencias», «más allá del bien y del mal» o, también, «el viaje al final de la noche». Siempre me ha parecido que todas estas expresiones reflejaban muy bien lo que viví y experimenté entonces, algo indecible y de cierta belleza.

Llevo años dándole vueltas a ese acontecimiento de mi vida. Cuando leo en una novela el relato de un aborto, me embarga una emoción sin imágenes ni pensamientos, como si las palabras se transformaran instantáneamente en una sensación violenta. De la misma manera, cuando escucho por azar *La javanaise, J'ai la mémoire qui flanche*, o cualquier otra canción que me acompañó durante ese periodo, siento una gran turbación.

Hace una semana que comencé este relato sin tener la certeza de que fuera a continuarlo. Tan solo quería comprobar que deseaba escribir sobre el tema. Era un deseo que experimentaba cada vez

que me sentaba a escribir el libro en el que llevo trabajando desde hace dos años. Me resistía a ese deseo sin dejar de pensar en él. El hecho de abandonarme a él me horrorizaba. Pero también me decía a mí misma que quizás un día me muriera sin haber escrito nada sobre esa vivencia. Para mí, eso sí que habría sido algo imperdonable, no lo otro. Una noche soñé que tenía en las manos un libro que había escrito sobre mi aborto, pero era un libro que no se podía encontrar en ninguna librería y que no aparecía mencionado en ningún catálogo. En la parte inferior de la tapa estaba escrita con grandes letras la palabra AGOTADO. No sabía si el sueño significaba que debía escribir el libro o que era inútil hacerlo.

Hace tiempo que este relato se ha puesto en marcha y que me arrastra a mi pesar. Ahora sé que estoy decidida a ir hasta el final, pase lo que pase, de la misma forma que lo estaba a los veintitrés años, cuando rompí el certificado de embarazo.

Quiero sumergirme de nuevo en aquel periodo de mi vida, saber lo que descubrí entonces. Esta ex-

ploración se inscribirá en la trama de un relato, el único capaz de expresar un acontecimiento que solo fue tiempo, tanto dentro como fuera de mí. La agenda y el diario íntimo que escribí durante aquellos meses me suministrarán las referencias y las pruebas necesarias para establecer unos hechos. Trataré por encima de todo de sumergirme en cada imagen hasta tener la sensación física de «unirme a ella», hasta que surjan las palabras de las que pueda decir: «eso es». Trataré de volver a escuchar cada una de las frases, indelebles en mí, cuyo sentido debió de resultarme entonces tan insoportable o, por el contrario, tan consolador. Y que cuando me acuerdo de ellas hoy, me invade el malestar o la dulzura.

El hecho de que la forma en la que yo viví la experiencia del aborto, la clandestinidad, forme parte del pasado no me parece un motivo válido para que se siga ocultando. La ley, que casi siempre se considera justa, cae en la paradoja de obligar a las antiguas víctimas a callarse porque «todo aquello se acabó», haciendo que lo que sucedió continúe oculto bajo el mismo silencio de entonces. Pero precisamente porque ya no pesa ninguna

prohibición sobre el aborto puedo afrontar (dejando de lado el sentido colectivo y las fórmulas necesariamente simplificadas, impuestas por la lucha de los años setenta: «violación de los derechos de las mujeres», etcétera) de forma real este acontecimiento *inolvidable*.